

El jefe del general

Adrien Tartakovsky



Image not found.

Capítulo 1

El general se encontraba en su escritorio dentro del palacio. Caminaba de un lado para otro mostrando una incesante preocupación. Miraba al suelo y se tomaba la cabeza con una mano, mientras se sostenía la espalda con la otra.

Sonó el reloj de la habitación y él alzó fuertemente su cabeza. Eran las 12:00 AM y, con esto, el primer año nuevo de su vida que comenzaba en completa soledad. El año 1976.

Se sentía pequeño, inerte en ese enorme lugar yermo, oscuro como su traje negro azabache, esperando la visita de quien había generado todo el conflicto de los últimos años.

El general aún no lo quería reconocer, pero sus actos en el último tiempo habían sido maquiavélicos, siempre pensando en el bien de los suyos, pero hasta el momento, las cosas habían salido bien. Aún así, él siempre luchaba con su conciencia y se auto complacía con subterfugios que sonaban bien y que lo dejaban dormir tranquilo todas las noches. Muchas muertes, abusos, robos, pero "tranquilo, que era necesario y tu gente algún día de lo agradecerá". La frase tenía diversos matices, pero a fin de cuentas se reducía al mismo contenido.

El general se acercó al alfeizar del gran ventanal de su oficina. Sabía que no era su oficina, pero también se había persuadido para descansar en que, el haber tomado aquellas dependencias, había significado optar por la mejor solución.

Pero habían transcurrido los últimos años y con esto habían surgido dos nuevos elementos de manera incontrolable. Primero la culpa, que era cada vez más difícil enterrarla y, segundo, el *jefe*.

Así le llamaban: *jefe*. Nada más que eso. Ninguno de los mandamases que sabían del tratado, se atrevían a hablar de otra manera de él. Además, sabían que no era correcto darle un cargo o tratarlo como deidad, cuando no lo era ni se lo merecía.

Las últimas habían sido semanas de completo insomnio o, al contrario, noches de terribles pesadillas que lo perseguían.

Finalmente había llegado el momento de acabar con el trato hecho tres años antes. Se había armado de valor y había pensado en la mejor manera de presentarlo al *jefe*.

El general seguía mirando por la ventana un grupo de estrellas que acostumbraba contemplar desde pequeño. Por un momento se olvidó de la

situación en que estaba y volvió en el tiempo a esa época en que no tenía más preocupación que excitarse con lo que podía conjeturar del espacio, con las inimaginables distancias y cavilaciones que reinaban en su cabeza. En esa época, la ambición por el poder tampoco tenía espacio en su mente.

En ese minuto se sintió libre, completamente despejado. El cansancio se había olvidado y, la brisa ligera, chocaba con su rostro dándole un respiro en aquel momento crucial. El sabor a desagrado del presente había cambiado por la degustación del pasado semi olvidado, de sus nimios recuerdos, del paisaje aún no ultrajado en la cabeza del general. Todo el resto estaba perdido.

En medio del delirio escuchó el sonido de una limosina que llegaba al palacio. No quería volver de su niñez. Necesitaba quedarse ahí por algún tiempo. Aún así, ahora era el momento de responder a su alto cargo. La gran responsabilidad le recaía en sus hombros y le helaba el sudor de las mejillas. Un escalofrío recorrió su espalda y llegó directo a sus sienes, como puñales que le producían un intenso dolor.

Una voz pueril hizo que se volteara rápidamente, dejando al destape su congoja.

-Señor -el chiquillo hacía lo imposible por demostrar una mayor altura y explotar al máximo su tórax reducido-, ha llegado la visita, señor.

Un momento de espera, de reconsiderar las cosas. Se escuchó el aire silbando en la boca del general.

-Hágalo pasar nomás.

El general, mientras, se forzaba a eliminar las recientes cavilaciones del pasado con un simple "todo esto era necesario" al mismo tiempo que arreglaba su corbata y trataba de mantener una calma completamente superficial. Por dentro sus nervios le hacían pedazos el colon. En su vida había sentido tanto malestar corporal producido por puras ideas.

Ahora los pensamientos lo llevaban al momento exacto que estaba viviendo. "Esta será la última. Lo sé; en realidad no lo sé. Acá yo soy el que pierde, sea como sea perderé, ante el *jefe* o el resto que me ve. La única opción es aferrarme a Dios. Lo único que pido, es que alguien como Él me esté mirando y sienta lo que yo siento. Quiero morir, pero eso sería peor. Mi familia sufriría las consecuencias." Nuevamente se mentía. Su familia no era la prioridad. Tampoco sus amigos, sus subalternos u algún *amigo* que pudiese quedar por ahí. Sólo quería salvar su pellejo.

En el pasillo se comenzaba a observar el resplandor característico que era parte de la entrada del *jefe*. Era el peor antecedente de muerte, de

deshumanización, de traición.

“Señor, ayúdame. Te ruego que me ayudes en el peor momento de mi vida. Si no salgo de esto, ayuda a mi familia, a mis cercanos; a todos lo que quiero.” Seguía mintiéndose.

-¡Mi general! ¿Cómo le va? Tanto tiempo que llevamos sin hablar –la entrada del *jefe* había dejado al general sin habla. Hace algún tiempo que no lo veía y había olvidado lo que era estar frente a él-. Pero qué ¿Le comieron la lengua?

La desnudez casi completa del *jefe* aterrorizaba aún más. Al verle cada una de las blancas extremidades que emitían la pálida luz, era común que el corazón se acelerara a niveles extraordinarios.

Su cabeza era bastante mayor que lo común y muchos de los tejidos que le cubrían eran casi transparentes, en especial en la zona de las manos, de modo que algo de lo que había atrás de su cuerpo, se podía vislumbrar. Aún cuando su estatura era disminuida sus ojos negros penetraban gélidos en la carne y producían una sensación de pérdida.

-Nnn... no. No me he sentido bien nada más.

-No está bien eso, mas cuando todo ha ido tan bien hasta el momento y nos preparamos para la siguiente fase.

Haciendo un moviendo se acercó a la resplandor de la luna recortado por la ventana. El general hizo un ademán de no mirar, pero sabía que no podía mostrar debilidad. En vez de eso tomó todas sus fuerzas y respondió:

-No creo que eso sea prudente.

La pequeña sonrisa esbozada en la minúscula boca del extraterrestre desapareció de golpe. El general esperaba un contraataque verbal, pero nada se producía. En tanto el *jefe* se había convertido en una estatua. Ni uno de sus pequeños músculos se mostraban como parte de un ser viviente.

De pronto un poco de piel se recogió:

-Mi general, no se si entiende que eso no ayuda ni a mi objetivo ni al suyo: la supervivencia. No entiendo la razón de esa decisión, y menos su actitud. En todos los años que hemos llevado a cabo este proyecto en la Tierra, es la primera vez que alguien se subleva de esa manera. No en los países del norte, tampoco las grandes organizaciones; sólo la primera vez

bastó para mantener obediencia... hasta ahora.

El general sentía que la garganta se le secaba y no tenía ni una gota de saliva que tragar. Trataba de mantener la compostura y no mostrar el llanto irresoluto, que esperaba el mejor momento para estallar.

-Mi general. ¿Se da cuenta de lo problemática que puede llegar a ser su decisión o no? El proyecto de recolección de cuerpos es vital para nuestra civilización. Comprendo que a veces se sienta con las manos atadas, pero a mi me pasa lo mismo y, el mayor inconveniente es que, si no es de buena forma, los cuerpos serán recolectados... de maneras menos diplomáticas. Y eso si que no queremos que suceda; es poco práctico para nuestros fines.

El general había perdido todo control de si mismo. Se notaba en su rostro toda la desesperación que las últimas palabra del *jefe* habían accionado. Repentinamente el nudo en la garganta se desató:

-¡Por favor! -el general cayó en el piso y comenzó a suplicar- ¡No puedo seguir entregándoles cuerpos. Creo que voy a perder el poder o me van a matar o me van a invadir! -él mismo se impresionó de la verdad que salía de su boca-. Y mi familia, no la puedo perder. -Volvió a mentir.

Por un segundo el extraterrestre mostró una gran impresión por el desmoronamiento del general. Sus dos grandes y negras orbitas reflejaban la sorpresa, el desconcierto.

Luego se alejó un par de pasos y le dio la espalda. El silencio sólo era quebrantado por los sollozos del hombre en el suelo.

-Por favor... -el general miraba buscando alguna respuesta positiva- Se lo suplico.

Silencio.

-Ja... Ja ja ja -la risas escabrosas del ser blanquecino llamaron la atención del general.

Hubo una gran pausa que fue vastamente más larga para el general-. Mi general, usted es un personaje.

El derrotado hombre no sabía que hacer. No podía dejar el sollozo, no podía parase, no podía hablar una sola palabra coherente y menos podía dejar de observar al extraño ser parado enfrente.

El *jefe* continuó, moviendo nada más que la boca:

-Nunca había tratado con alguien tan complejo y lleno de sorpresas. Pero bueno, más allá de eso, le tengo que informar algo.

Era el momento de la sentencia. El general ya se había callado forzosamente y estaba resignado a lo que se venía. De vez en cuando soltaba una fuerte explosión de saliva producto de las penosas sacudidas y los sollozos. Puso una de sus manos en su boca, pero ni eso podía contener la amargura.

-Por favor –casi ni se escuchó la voz del general debido al miedo y a la mano que todavía trataba de contener el llanto.

-Para regocijo suyo hemos recibido una excelente oferta de un proyecto de recolección de cuerpos que comenzará en unos años más.

El general miraba boquiabierto en el piso, aún arrodillado. El *jefe* comenzaba a moverse pero no dirigía la mirada hacia el general.

-Un alemán con el que nos hemos contactado dice que nos tiene un excelente cultivo de niños para los próximos años. Es una oferta que no podemos rechazar. Es extraño, pero cierto grupo de alemanes, del tipo que acá es catalogado como fanático, siempre nos han prestado una gran ayuda.

El hombre, desecho, comenzaba a pararse casi sin creer lo que oía. El diminuto ser de luz prosiguió.

-Además usted no se imagina el valor de los niños. Él reside en una gran extensión de terreno al sur.

-¿Y qué niños?

-No se preocupe. Usted no tiene que saber detalles, pero le aseguro que volverá a dormir tranquilo pronto. De todas maneras nos tendrá que proporcionar una última porción de gente para experimentos mientras esperamos iniciar con este sujeto.

Sin más remedio el general se secó un par de lágrimas que duramente habían salido de sus ojos.

-Está bien.

-Es muy probable que esta se la última vez que nos veamos y con esto usted viva aliviado. -nuevamente una pausa.

-Los dos somos seres malignos y pérfidos, alimañas que estamos rodeados de sufrimiento y ánimos por destruirnos. Merecemos la muerte, sufrimientos que nuestra ciencia aún no descubre, para poder

contrarrestar el mal que hemos hecho. Todos quieren un poco de nosotros. Y no tengo que decirle que su mujer espera que muera pronto para quedarse con todo lo que es suyo... -sólo una mueca atónita inquebrantable era la respuesta del general-. ¡Imaginé que lo sabía! Que usted era el que aprovechaba esa información, pero bueno, no nos frenemos en detalles. Hay un gran punto que nos diferencia y es cómo enfrentamos nuestros dilemas, porque yo destruyo civilizaciones, teniendo siempre en frente una lealtad a los míos. Usted es un personaje psicótico que ha logrado crear una realidad llena de subterfugios falsos y que, para usted son creíbles. Todo con ese afán insaciable de poder sin sentido y sumido en una oscura orfandad con la humanidad. Esa palabra está algo sobrevalorada, pero usted me entiende. Sólo quiero decirle, a modo de justiciar sus motivaciones; no sus actos, que su historia de vida no va a tener buen desenlace. Y para que esté preparado es posible que su mujer conspire contra usted, aunque a veces, nosotros mismos nos encargamos de implantar fallas sistémicas graduales a personajes tan ejemplares como usted. Aunque siendo tal vez un caso de exhibición, simplemente no sepa que en este mismo instante sea parte de los experimentos de nuestro amigo alemán.

El rostro y postura del general no habían cambiado durante aquel soliloquio. Sudaba más y sentía una tensión en el pecho que bombeaba pesadamente a sus extremidades. En su cabeza se cuestionaba. Pensaba en todas aquellas opciones. Pensó en Dios por unos segundos, pero rápidamente se sintió ateo frente a ese ser.

-Podrían ser algunas opciones más. Aunque no. ¿Cómo le vamos a hacer algo así después de tantos años de servicio? Sería muy mal visto ¿No cree?

El general no lo podía creer, pero su mentón cayó quedando a la deriva. Parecía una reacción de caricatura, pero ahí estaba. Mojado por el sudor y las lágrimas, y con la boca abierta, semi arrodillado sin saber qué hacer.

-Me debo ir. Disfrute su retiro.

El general se acercó nuevamente a la gran ventaba detrás de su escritorio. Sentía ganas de vomitar y tenía ligeros espasmos en las manos. Desde lo alto del palacio miraba la limosina que se iba. Miró al piso y pensó en lanzarse desde ahí. Al momento siguiente pensó: "No lo hagas, piensa en tu familia".